

Elogio a Dn. Santos García Larragueta

M^a Isabel Ostolaza Elizondo

Universidad Pública de Navarra

Respondo la amable invitación de la revista *Memoria y Civilización*, que me encomienda hacer la reseña necrológica de Dn. Santos A. García Larragueta fallecido al finalizar el verano de 2004. El que fuera profesor de la Universidad de Navarra, Catedrático de Paleografía y Diplomática y director de mi Tesis Doctoral y de mis primeros años de formación como docente universitaria en los tiempos en que fui profesora ayudante de la Universidad de Navarra, nos dejó de forma inesperada para quienes le deseabamos largos días de disfrute de su merecida jubilación en las soleadas tierras de Málaga, donde reside parte de su familia, hijos y nietos. Sin embargo, los azares del destino o la divina providencia le encaminaron hacia su tierra natal, en un viaje sin retorno en el que volvió a reencontrarse con las raíces de sus antepasados. Ha pasado bastante tiempo desde la fecha en que se le hiciera un homenaje académico por parte de la Facultad de Filosofía y Letras con motivo de su reconocimiento como profesor Emérito, allá por el año 1998. Con este motivo la entonces Decana, Dra. M^a Amor Beguiristain, promovió la edición por EUNSA de un recopilatorio de Cronología, una de las especialidades de la ciencia Diplomática en la que destacó Dn. Santos, que salió bajo el título de *La datación histórica*. Fue el último regalo académico que nos dejó a sus discípulos, entre cuyas páginas como si de un archivo afectivo se tratara, conservo las dos últimas cartas que me escribió en torno a la Navidad, fecha de recuerdos tan entrañables.

Al abordar el encargo que me han realizado, que siguiendo el protocolo de este tipo de reseñas debiera centrarse en la trayectoria docente e investigadora de Dn. Santos, tomo sin embargo la decisión de destacar la faceta humana de su labor como profesor universitario. Creo que Dn. Santos que era tan poco amigo de estadísticas y cuantificaciones, apoyaría esta opción basándose en el hecho de que el

número de sus discípulos ya está recogido en la matriculación gestionada por la Secretaría de la Universidad. En cuanto a sus aportaciones científicas que ya fueron detalladas en su homenaje académico, las resumo indicando que fue un gran especialista en la Historia de las Ordenes Militares de S. Juan de Jerusalén y el Temple en relación con Navarra, además de realizar importantes aportaciones a la Paleografía y Diplomática medievales asturiana y navarra (Colección diplomática de la catedral de Oviedo, de S. Vicente de Oviedo, el archivo parroquial de S. Cernin, los Documentos en lengua occitana, trabajos sobre la cancillería real navarra en la edad Moderna, y sobre el notariado, Cronología medieval y renacentista). Sus contribuciones a las Ciencias y Técnicas Historiográficas le fueron reconocidas a nivel nacional e internacional, llegando a ser miembro del Comité Internacional de Diplomática (sección del Comité Internacional de Ciencias Históricas).

Director de numerosos trabajos de investigación sobre esta temática (las antiguas denominadas Tesinas, muchas de las cuales fueron para sus discípulos la iniciación en la investigación que maduró en Tesis Doctorales), sus sabios consejos nos enseñaron a aprovechar el tiempo de forma que el periodo de formación inicial sirviera en lo posible como punto de arranque del trabajo de envergadura que se planteaba como Tesis Doctoral. En unos tiempos en que la tecnología no había desarrollado técnicas de reproducción documental sino muy rudimentarias, la forma de trabajo se centraba en la lectura e interpretación de documentos conservados en sus depósitos documentales. El contacto asiduo con los archivos nos permitió pasar algunas aventuras como la de quedarnos encerrados en dependencias eclesiásticas (el cerrar al investigador bajo llave era la única forma conocida para evitar la tentación de llevarse algún documento a casa, mientras el canónigo archivero o párroco que tenía la responsabilidad de su custodia se ausentaba por razones varias).

Lo cual nos permitió asociarnos con las peripecias del ilustre medievalista y ministro de Instrucción pública de la Segunda República española, Dn. Claudio Sánchez Albornoz, cuando lo encerraron en el archivo de la catedral de León allá por los locos años veinte del pasado siglo, y que con tanta gracia relató en sus escritos. Qué estupenda sensación la de sentirnos hermanados con él si no en

sabiduría, sí por lo menos en las peripecias ligadas a la tarea investigadora que suponía la encerrona. Que hay que decir que tampoco llegaba a extremos de hacernos temer por nuestra integridad física, ya que alguna oportuna ventana y nuestras voces alertaban al carcelero que se había olvidado de nosotros. Olvido que era comprensible dado lo insólito de la presencia de investigadores por las dependencias archivísticas de las instituciones de la Iglesia. ¡Como compartía Dn. Santos con sus discípulos estas aventuras imprevistas, y cuantas veces nos las recordaba con su humor de la Cuenca de Pamplona avisándonos para ocasiones futuras!.

Son tantos los recuerdos que se me agolpan de mis años de relación con Dn. Santos, que es difícil resumirlos. Trataré de destacar aquellos que tienen que ver con el modelo de universidad de los años 70, que recordamos con añoranza puesto que el modelo universitario actual es muy distinto. Se refieren a aspectos que no interesan a las estadísticas, que están en la trastienda de la profesión universitaria y no son valorados sino pasado el tiempo, cuando la propia experiencia permite encontrar sentido a dichos, y actitudes de quienes fueron nuestros profesores y maestros. Y que son los valores más seguros y permanentes, por encima de las interpretaciones de las escuelas científicas, corrientes historiográficas y valoraciones históricas de los distintos campos o áreas de conocimiento científico. Entre ellos además de la capacitación (que se sobreentiende en la profesión universitaria como en los militares el valor), la vocación, dedicación y entrega. En ellos destacó Dn. Santos y se hizo acreedor del enorme agradecimiento de quienes pasamos por sus aulas cuando iniciábamos nuestra especialidad, en aquellos planes de Estudios de Filosofía y Letras configurados como dos cursos de asignaturas comunes y tres de especialidad.

Dn. Santos abordó su cometido de profesor de lo que hoy entendemos como Segundo Ciclo universitario, con una cercanía a sus alumnos que logró superar las barreras de la diferencia de edad y la distancia generacional, que él resolvía con su enorme sentido del humor comentando en cada comienzo de curso (al menos en la etapa en que yo lo conocí) que observaba que cada año que pasaba los alumnos eran más jóvenes. Supo al mismo tiempo encontrar el equilibrio entre el respeto mutuo que nunca se perdía, y la

conveniencia de generar confianza a fin de que crear un ambiente lo más lejano posible al hieratismo que podría esperarse de la clase magistral y la lección ex cátedra. Se interesó por sus estudiantes, dedicando mucho tiempo a tutorías en las que hacía un seguimiento detallado de las actividades recomendables para superar las asignaturas que impartía.

Su metodología de trabajo docente era hasta cierto punto atípica en aquella época, pues además del conocimiento del programa teórico-práctico, daba gran importancia a la consulta de la numerosa bibliografía que nos facilitaba y que generaba un enorme trabajo al personal de sala de consulta de la Biblioteca. En una época en que había menos medios económicos que en la actualidad, y en la que ingresábamos en la Universidad sin tener más referencias que las de los libros de texto del bachillerato, gracias a Dn. Santos comenzamos a desenvolvemos en una biblioteca especializada, accediendo a la información bibliográfica a través de sus catálogos, aprendiendo los rudimentos metodológicos del trabajo científico con las correspondientes notas de su aparato crítico. Aunque los resultados no eran demasiado brillantes cosa por otra parte esperable dada nuestra condición de alumnos que nos iniciábamos en la investigación, los trabajos de Dn. Santos nos hicieron perder el miedo a los libros, y comprender la utilidad de las fuentes de información.

Tengo un recuerdo imborrable de aquellos años estudiantiles y de la Biblioteca de Humanidades en la que pasábamos tanto tiempo, no siempre estudiando individualmente sino trabajando en equipo, contrastando las exigencias de nuestros estudios en Historia con los estudiantes de otras especialidades (Filología, Historia del Arte, Derecho), y para qué negarlo presumiendo sobre la importancia de nuestras respectivas licenciaturas respecto a las ajenas. Hasta el punto de sobrepasar el volumen de decibelios permitidos en un espacio en el que había que guardar silencio, por lo que recibimos alguna que otra reprimenda e incluso la expulsión, en alguna que otra ocasión en que el alboroto había llegado a contagiarse a un amplio sector de lectores de la sala de consulta. ¡Tiempos aquellos en que elegíamos como opción de estudio la especialidad que nos gustaba, sin hacer cálculos sobre las probabilidades laborales, cuando la finalidad de la Universidad era la de formar seres humanos con los recursos

intelectuales necesarios para enfrentarse a los avatares de la vida, y no solo la vida laboral!.

Dn. Santos practicaba unas artes pedagógicas aparentemente enrevesadas. Como el buen sembrador lanzaba sus enseñanzas y sus orientaciones sobre tierra casi vírgen, y se transformaban (no me puedo explicar de forma científica el proceso) en cosecha de diversa calidad, que tenía su reflejo en las graduación de las calificaciones finales, siempre con el punto de partida del Sobresaliente que nos adjudicaba el primer día de curso, que era cosa nuestra mantener hasta el final. Enigmáticas palabras de comienzo de curso, cuyo profundo sentido no llegábamos a comprender por la inconsciencia de la juventud, sin que sirvieran de mucho las interpretaciones de los estudiantes de cursos superiores, que se encargaban de embarullar más las cosas. Había como sucedía con los buenos profesores, una parte de leyenda, pues a la hora de la verdad, Dn. Santos además de los resultados finales sabía valorar el esfuerzo y el duro proceso de aprendizaje. No creo que ningún estudiante que pasara por sus clases haya dejado de reconocer (probablemente con el paso del tiempo y el aumento de las responsabilidades profesionales y familiares) lo atinado de sus argumentos.

Dn. Santos supo ganarse a muchos Licenciados que quisieron trabajar con él en la etapa posterior a la Licenciatura. Algunos de ellos realizaron su Tesis Doctoral o fueron orientados en ella, se especializaron en Historia Medieval o Ciencias y Técnicas Historiográficas. A este nivel de estudios superiores, la relación con Dn. Santos ganaba con la cercanía, en los Seminarios sobre Paleografía Diplomática, o en cuantas ocasiones escuchó con paciencia nuestros argumentos y pequeños descubrimientos de Mediterráneos ya explorados pero para nosotros nuevos. Y lo hizo con generosidad e interés, sin ningún asomo de petulancia que nos hiciera desistir de manifestar nuestro punto de vista. Siempre guardó un enorme respeto hacia sus becarios y ayudantes, sin coaccionar su libertad de decisión en lo profesional ni en lo personal. Fue al mismo tiempo cordial y generoso haciéndonos sentir como parte importante de su equipo de trabajo. Destaco estas virtudes y en especial su generosidad, pues no escatimó su tiempo para atendernos incluso en periodo de vacaciones, llegándonos a recibir en su casa cuando fue

necesario, invadiendo con ello su espacio familiar que nos permitió conocer su despacho de trabajo, que había bautizado con el nombre de Rincón de San Alejo. Rompía con su hospitalidad otro tópico sobre el carácter de los vecinos de Pamplona, que se dice son poco dados a abrir su casa.

Supo iniciarnos en las responsabilidades del trabajo universitario. Nos enseñó con su ejemplo que la actividad ordenada, la constancia, el no caer en la improvisación, el escribir con fundamento (es decir cotejando las fuentes para evitar caer en la multiplicación de errores derivada de la simple consulta de la bibliografía), en definitiva la ética que rodea al trabajo bien hecho, eran valores seguros que resistían bien el paso del tiempo. Ha tenido que pasar el tiempo para llegar a comprender algunas de las cosas que decía, y que me parecían salidas de la boca del oráculo de Delfos (y que no obtenían otra respuesta cuando le pedía su interpretación, sino una sonrisa). Sentencias que guardo para mí como bienes recibidos en herencia, al igual que el regalo que me hizo la última vez que nos vimos antes de su partida a Málaga, una viñeta dibujada por un estudiante del año 1974, mi primer año de ayudante de Universidad. Tiene mucha gracia y mucha enjundia, pues resume de forma jocosa las actividades del Seminario de Paleografía en aquellas fechas. La tengo enmarcada en mi despacho de trabajo, y cuando la miro con detenimiento pienso ¡no es posible que haya pasado tanto tiempo!.

Qué decir de todos los que le conocieron. Los profesores que coincidieron con él en la Universidad, amigos suyos que mantuvieron con él excelentes relaciones. Otro tanto de tantos discípulos que pasaron por sus clases a lo largo de los años (estudiantes de la Escuela de Bibliotecarias a las que tanto quería y con las que mantuvo relaciones cordiales cuando ya tituladas ejercieron su labor profesional en la Biblioteca de Humanidades; estudiantes de Licenciatura en Historia y Filología muchos de ellos dedicados a labores docentes en centros públicos y privados de Enseñanza secundaria; estudiantes que se orientaron hacía el mundo de los Archivos en el que vienen desarrollando su labor desde hace años). Por donde quiera que voy y Dn. Santos surge en la conversación, no encuentro a nadie que no tenga de él sino un recuerdo entrañable y cariñoso. Si hemos de creer que la muerte no es el final del camino

(para los que esperan una vida después de la terrena, o para quienes se conforman con la visión humanista de que nadie muere si sigue siendo recordado), Dn. Santos vive a través del legado intangible de sus muchos discípulos, y a través de su descendencia familiar, amplia, rica y fecunda.

Sirvan estas palabras como homenaje a un magnífico investigador, maestro admirado, amigo de sus amigos y entrañable profesor. Por siempre, Dn. Santos.

Pamplona, día de San Saturnino, 29 de Noviembre de 2005.

Artículos

El mundo después de 1989

The world beyond 1989

